

Desde el bautismo al martirio no debè haber mas que un paso. Haced por vuestra Religion, como soldados valientes, lo que ántes hicisteis por vuestra patria. Ese mismo valor que ha sostenido al Romano poder, debe confundir sus supersticiones. En los ídolos tenéis vuestros enemigos: en Dios vuestro apoyo: en el cielo vuestra recompensa.

Animados los discípulos de *Victor* con sus eloqüentes palabras, se presentaron delante de sus jueces con la misma firmeza que ántes lo habian hecho á presencia de los enemigos del impèrio. Declararon sin rebozo, que profesaban la Religion de Jesu-Christo y estaban dispuestos á morir por ella. *Responderunt se per omnia christianos* (1).

No podría ménos una determinacion tan firme de causar un general descontento. Entre los inquietos clamores del populacho, se dexaban percibir unos gritos furiosos que hacian responsable á *Victor* de la muerte que iban á padecer las víctimas sobornadas por sus pérfidos consejos. Oíalo todo nuestro Santo, pero permanecia constante. ¿Qué sucedió quando se le quiso obligar á que inclinase al culto de los ídolos á aquellos á quienes habia grangeado para la fe de Jesu-Christo? El haber respondido, que él no debia destruir por medio de una iniqua politica la obra que habia comenzado por una gracia divina.

Vosotros mismos, ó generosos soldados de Jesu-Christo, vosotros mismos oisteis este discurs-

(1) *Act. S. Vict. c. 8.*

curso inspirado por la Religion. No es otra cosa que una leccion que, del propio modo que á sus jueces, os da *Victor*. Aquellos se ofenden, y vosotros os aprovechais de ella. Aquellos se hacen mas furiosos, y vosotros llegais á ser mas intrépidos. El Mundo no tiene ya cosa alguna para vosotros. El único recurso que os queda que apetecer, es el de morir por Jesu-Christo. Ya se os cumplirá vuestro deseo:: Mandaron los jueces que fuesen conducidos á presencia de los altares, tanto el Santo como sus discípulos. *Ducuntur ad templum* (1). Eran innumerables los que habian concurrido á este espectáculo. *Concurrente universo Populo*. Preparóse el incienso, y se les estimulaba á que confundiesen sus homenajes entre los que públicamente se suministraban. Mas no, no haya miedo: los discípulos de *Victor* dirígieron á su maestro una firme mirada, como en señal de su victoria. Se les queria vencer á fuerza de instancias, y se negaban á la condescendencia. *Thura negant*. ¡Humildes recursos de la idolatría y de sus protectores! Solo escuchaban á su desesperada rabia; y como tales decretaron aquellos tiranos, y mandaron que se executase su sentencia. A los pies del triunfante *Victor* cayeron á la fuerza de un hierro homicida aquellos tres héroes á quienes en un mismo dia habia hecho christianos, apóstoles y mártires. *Gladio feriuntur*.

¡Con cuánto respeto contemplaba nuestro

S 3

San-

(1) *Act. S. Vict. c. 9.*

Santo lleno de su sangre y de su gloria á aquellas nobles víctimas de la fé! Arrebatado de su fervor, solicitaba el instante en que se debia consumir su sacrificio y su felicidad. Mas ¡ah! No, no la conseguirá *Victor* sino á costa de mil tormentos. Para las grandes almas son necesarias pruebas superiores. No era bastante para él el haber confundido á la idolatría, porque debia instruir y enseñar á todos los siglos futuros. No hay uno en que nuestro Santo no pueda servir de prueba á la Religión. Aunque al reynado de los ídolos suceda el império de la incredulidad, es menester que en prueba de la fé se puedan citar, tanto los sufrimientos y trabajos, quanto la gloria de *Victor*.

Por sus costumbres hizo ver la santidad de la Religión: por su eloqüencia justificó su verdad; y por sus conquistas probó, que la fé lleva mas allá que la ambicion sus sucesos. Esta, pues, sujeta á los impérios; pero aquella esclaviza á los espíritus. La ambicion hace esclavos; pero la fé mártires. Los grandes corazones huyen de las conquistas de la ambicion, que casi siempre forma descontentos al paso que se presentan delante del juez que impone la fé, y se tienen por muy dichosos al ver que son sus cautivos. No, no os alabeis de vuestras expediciones, héroes de la antigua Roma, no os alabeis de ellas respecto de que en el dia no existen mas que unos leves vestigios. Las victorias que ha conseguido el Héroe de Marsella son eternas. De ellas saca todavía sus frutos la Iglesia. Jamas ha ces-

sado *Victor* de comprobar el poder de la Religión. Antiguamente la hizo triunfar de la idolatría. *Exiuit vincens*. En el dia aun la hace salir victoriosa de la incredulidad. *Ut vinceret*.

## SEGUNDA PARTE.

Siempre ha tenido la Religión por enemigos á algunos pretendidos espíritus fuertes, á cuyos malvados honra la ignorancia y la vanidad con el pomposo nombre de Filósofos. Tal vez no se habrán visto jamás en tan gran número, ni tan presuntuosos como en nuestro siglo. Si les hubiéramos de creer, debería el Christianismo sus mártires al entusiasmo, sus milagros á la supersticion y sus virtudes á la hipocresía. Con solo el exemplo de *San Victor* haré reflexiones tan sólidas, que se vean precisados los incrédulos á avergonzarse de su injusticia. Yo quiero que me respondan su sangre, sus cenizas y sus discípulos. Si oigo al clamor de su sangre, me dice, que no hay mas que una divina Religión que pueda inspirar tanto valor y ánimo en medio de tan grandes suplicios: la voz de sus cenizas me enseñan, que solo hay una Religión divina que pueda perpetuar tantos milagros entre tantas revoluciones; y, en una palabra, las expresiones de sus discípulos me persuaden, que no hay sino una Religión divina que pueda conciliar tanta virtud con tanta gloria. Luego *Victor* hace aun el dia de hoy triunfar á la Religión de la incredulidad, así como en otro

tiempo la hizo salir victoriosa de la idolatría. *Exiit vincens, ut vinceret.*

Cada mártir es un testigo de la fé. Su muerte es para ella una victoria. En medio de sus sufrimientos, publica, como dice San Juan Crisóstomo, la gloria del Dios que le sostiene y le corona. *Omnis Martyr enarrat gloriam Dei* (1). Esteban la publicó en Jerusalem, Ignacio en Antioquia, Lorenzo en Roma, Cipriano en Cartago, Ireneo en Leon, Vicente en Zaragoza, Victor en Marsella. Pero ¡quán resplandeciente es el testimonio que dió á la Religion nuestro Santo en esta ciudad! Quantos mas han sido sus combates, otro tanto mas gloriosos han sido sus triunfos. ¡Ah! ¿Quién es el que entre los mártires ha sostenido mayores combates que el nuestro? Sin dificultad podríamos decir, que las plumas que se han tomado el trabajo de mantener su memoria entre las futuras generaciones, se habian valido de ingeniosas é infieles pinturas, si el mas sabio historiador de los santos (2) no se hubiera tomado el trabajo de advertir, que las actas de *San Victor*, recogidas por manos fieles, son unas actas antiguas y auténticas que no dexan ninguna duda, ni sobre el tiempo, ni sobre el lugar, ni acerca del género de muerte.

Pensaba un célebre orador (3), que quantas

(1) *Chrysost. Hom. ad Pop. Antioch.*

(2) Baylet, 21 de Julio: *Tabla critica.*

(3) El Abate Boileau de la Academ. Francesa. Panegirico de S. Victor.

tas particularidades concurren en esta muerte las habia hallado dichosamente reunidas en las palabras de un profeta: tenia gusto en prestar una magestuosa voz á cada instrumento de los que sirvieron á *Victor* de suplicio. Hacía sentir el éco y el resentimiento de las varas con que habia sido herido. *Vox flagelli.* No lo era ménos el de la rueda con que nuestro Santo habia sido despedazado. *Vox impetus rotæ.* El de la furiosa crugia por donde habia sido arrastrado. *Equi frementis.* El de una relumbrante espada con que fué atravesado. *Et micantis gladii.* Y el de las víctimas que á presencia del mismo *Victor* fueron inmoladas á la fé. *Et multitudinis interfectæ* (1).

Alabémos, pues, estas brillantes y justas semejanzas, supuesto que no pertenecen sino á los consumados maestros de la eloquencia el tratar, vituperar y disponer de ellas. Pero confesemos tambien, que estos rasgos de eloquencia y de ingenio, no nos hacian ver todavía el retrato de *Victor* en toda su estension, ni nos le presentaban completo.

¿Que se necesita añadir ya á la memoria de tantos dolores y al mérito de tantos combates? Los sentimientos de nuestro Santo; esto es, aquellos heroicos é invencibles sentimientos que la Religion sola es capaz de inspirar, y la defienden contra los incrédulos de la sospecha que tienen de que disminuye el espíritu, amortigua el ánimo y extingue el heroísmo.

Es indispensable decir, que desde el principio

(1) Nahum 3. v. 3.

cipio de su carrera se le presentaron baxo de mil modos diversos el aparato de su suplicio y la muerte; pero que los conremplaba sin horror, los despreciaba sin miedo, y no igualaban jamás sus sacrificios á sus deseos. Tampoco debemos pasar en silencio, que los enemigos de *Victor* se vieron precisados, á observar la sobrehumana virtud que le animaba, á reconocer la divinidad de la Religion que profesaba.

Yo quisiera que la solemnidad de este dia hubiera atraído á este templo á todos esos independientes espíritus que tan abiertamente se declaran hoy contra la Religion y sus mártires. Desde luego les convidaría para que siguiesen los pasos del que elogiamos, ó por mejor decir, el rastro de su sangre. ¿Que parage hay en Marsella por donde no haya corrido? *Fusus vulneribus signat iter cruor* (1). El castigo que cabe en suerte á los esclavos fué el primero que le determinaron los tiranos. ¡Castigo, por cierto, sensible para un hombre ilustre por su nacimiento, y conocido por su valor! Los azotes mas sangrientos se siguieron á sus primeros trabajos, y fueron como preludios de otros nuevos: *Adbuc militaturus remittitur* (2). Y superior siempre á los tormentos, parecia que provocaba sus jueces á que derramasen su cólera sobre su sangre. Aunque le denuncie el império, le acusen los Dioses y pidan los pueblos su muerte

(1) Santol. Victor. Hymn.

(2) Act. S. Vict. c. 8.

te, se verá que él solo contra todos, hace ver en este general desamparo, que la diversidad de sus tormentos no es capaz de hacerle variar de su modo de pensar.

Ni aun á vista de una crueldad semejante suspendieron sus jueces el curso de sus tribulaciones, sino para dexar al mas inhumano de los dos el bárbaro deleyte de llevarlas hasta el mayor exceso. Hasta sobre el rostro del Santo, que debía imprimir en Astero el respeto, se atrevió éste en un impetuoso arrebato á ponerle sus sacrílegas manos. *Asterius dedit ei et alapham* (1). A exemplo de Jesu-Christo, sufrió nuestro Santo la afrenta sin hablar palabra, y le perdonó. Solo se acordaba aquel militar famoso de que era christiano.

Ahora vereis como lo manifiesta mejor. Sobre tres veces levantaron á *Victor* con suma violencia, unas manos pagadas por la iniquidad, en la cruz en que se hallaba tendido, *Affixus cruci* (2). Por otras tantas fué expuesto con igual iniquidad á la vista de un pueblo insensato, que siempre con un nuevo placer se alimentaba con un espectáculo tan bárbaro.

En tiempo de *Victor* aun no se habia usado de la cruz para los césares. Tanto en Roma como en Marsella era todavía un suplicio infame. Pero ¡con que aspecto tan diferente la miraba nuestro Santo! Su fe descubría solamente en ella la representation de un sagra-

(1) Act. S. Vict. c. 8.

(2) Santol. Vict. Hymn.

do madero, sobre el qual selló Dios con su sangre la salvacion del Mundo. Tú piensas, decia al tirano, que me llenas de oprobio y me colmas de gloria. Acaba con tu obra y dame la felicidad. Yo no solo espero la cuchilla, la hoguera y el cadahalso, sino que deseo todas estas cosas. Ya se le cumplirá su gusto; pero ántes debe arruinar y destruir, por medio de una victoria decisiva á la idolatría, y sacar triunfante á la Religión.

Anda, decia el Dios de Israel á Jedeon el mas valiente de los hombres: anda, vé y da á conocer tu valor. Yo iré contigo: humillarás el orgullo y la soberbia de Madiano, y destruirás el altar de Baal (1). Las mismas órdenes y promesas experimentó *Victor*, quien procuró cumplirlas. Descúbrese una pomposa ceremonia; y presídela el Emperador. Acuden los jueces á ella, y apresúrase el pueblo para observarla. Preséntase un altar á la vista, y colócase el ídolo en él. Compareció allí nuestro Santo, que era en quien pendia únicamente el acabar el sacrificio. Convidábasele con la amistad del príncipe: se le quería precisar con su autoridad y hacerle creer, que su exemplo le justificaba, y que sus recompensas le aguardaban para servirle de premio. Acércate al altar, le decian. En efecto, da *Victor* algunos pasos hasta llegar á él, y al percibir el ídolo adora... ¡Ah!, hermanos míos: yo creo seguramente que al oír esto os estremeceis. Pero cobrad ánimo; pues no es al

(1) Judic. c. 6. v. 2. 4. 15.

ídolo infame á quien dirige su homenaje. El sí que fué el que inflamó su zelo. Se atrevió:::

Mas ¡que espectáculo! se atrevió, digo, en presencia del príncipe, de los jueces, del pontífice y del pueblo á insultar al ídolo, derribarle, despedazarle y pisarle. A vista de un sacrificador rebelde, de un ídolo destrozado y de un altar reducido á polvo, todas las furias del império manifestaban su desesperacion, todos los Dioses de la gentilidad reclamaban sus derechos, y la voz de todos los expectadores pedian de comun acuerdo, que ya que aquellos sacrílegos pies no habian respetado la divinidad, experimentasen el resentimiento de ella. ¡O Dioses sin poder! ¿Como quereis ser vengados por vuestros estúpidos adoradores sino lo podeis hacer vosotros por vosotros mismos? ¿Que poder es el vuestro? ¡Ah! Ese respetable y sagrado pie que, cortado (1) de orden de un príncipe furioso, dexa de servir de apoyo al extenuado cuerpo de *Victor*, no dexará de serlo por lo que hace á su fé y su zelo. Con la mayor tranquilidad entenderá su contemplativa vista sobre esa parte de sí mismo, de que se le priva. A tí te le ofrece, ó Dios mio, como las primicias de todo su cuerpo (2), el qual no tardará en sacrificarte.

Mas no, no se ha consumado aún su sacrificio. Este será una especie de suplicio desconocido á los Nerones y á los Domicianos.

Ba-

(1) El Padre de la Roche, del Orat. Panegirico de San Victor 2. parte.

(2) Baylet 21 de Julio.

Baxo el enorme peso de una muela, á quien hacia mover con esfuerzo el impulso de una rueda, fué puesto nuestro Santo á manos del furor. De este modo fueron deshechas y desmenuzadas todas las partes de su cuerpo; de tal suerte que llegaron á salir arroyos de sangre de la que le restaba quando le metieron en aquella especie de prensa. ¿Quién á vista de esto se habia de persuadir que aun habia de respirar? Pues sí, hermanos míos: el cielo le conservó, como por una especie de prodigio, para llenar de asombro á todo el mundo y manifestarle un busto animado que, como podemos decir, sobrevivió á sí mismo.

Sin embargo de esto, no le poseerá la tierra por mucho tiempo. Bafiado *Victor* en su misma sangre, aunque siempre firme y animoso, presentó su cabeza sin alteración alguna á la corva cuchilla que debia derribarla. En efecto, descárgase el golpe y cae el mártir. Espira este Santo; mas aun en el mismo hecho de espirar consiguió una victoria. Oyó una milagrosa voz, que baxando del cielo le dixo (1): *Victor*, tú has vencido. *Vicisti, Victor*. Sí, tú has vencido, *vicisti*: y aun el dia de hoy es tu victoria un triunfo para la Religión.

En efecto, yo quiero que me digan los incrédulos, ¿de donde sacó este Heroe su valor, constancia y heroísmo? ¡Ah señores! No nos engañémos. Solo una gracia poderosa es la que suministra al hombre una permanente

(1) Act. S. Vict. c. 9.

superioridad sobre los sufrimientos y trabajos mas terribles y dilatados. El hombre repugna su destruccion: luego solo pertenece á la divinidad ensalzarle sobre estos débiles sentimientos de la naturaleza. No hay mas que una divina Religión que pueda inspirar tanto valor en medio de semejantes suplicios. Ved ahí justamente lo que me dice la sangre de *Victor*. Sus cenizas nos harán ver, que no hay mas que una Religión divina que pueda perpetuar tantos milagros entre tantas revoluciones. *Exivit vincens, ut vinceret.*

La gloria de los santos mártires, como dice San Cypriano, no se acaba con ellos mismos como sucede con la de los héroes mundanos. Reconocida la Iglesia, une á su nombre la inmortalidad que los tiranos intentaron arrebatarles.

¿No podré yo decir en particular de *San Victor* lo que decia en otro tiempo San Cypriano de los mártires en general? En el mismo instante en que cayó sobre el altar de su sacrificio aquella grande víctima de la Religión, declaró el cielo, como lleno de ardor, por medio de los milagros y de los castigos, la gloria del Santo Mártir y el oprobio de su perseguidor. *Vindices æther jaculatus ignes* (1). ¡O impío Maximiano! Tú te lisongeas como tirano cruel de vencer por tu autoridad, despues de su muerte, al que por su constancia te habia vencido durante su vida. Tú pensabas sepultar entre las olas de la mar el nombre

(1) Santol. Vict. Hymn. (1)

bre de nuestro Santo y el de sus discípulos. Mas tus iniquos proyectos se frustraron. Aun mas sensibles que tú las aguas, respetan á los mártires á quienes condenas. Parece que se consolidan para llevar á las orillas del mar el incorruptible tesoro de que las haces depositarias. *Constitit Pontus venerantis instar* (1). Una invisible mano condujo sobre las olas á la admirada Marsella á sus mártires y protectores. Por ella se distingue ya el grande poder de *Victor*. A vista de su flotante cadaver, se forma un nuevo mártir. Deuterre, como hijo único de un padre á quien el cuchillo del tirano acababa de arrebatár, seguia con su vista, lleno de desconsuelo y por entre los escollos de la mar, los preciosos restos de Longino que apenas se habian escapado de su ternura. Llénase del espíritu de la fé. Arrebátale el fuégo del zelo. Se precipita y se arroja; y atravesando las espumosas ondas fué á buscar sobre el sangriento cuerpo de su padre, que ya no existía, la muerte que deseaba, y que no tardó en encontrar. Muerte gloriosa por cierto, y justa recompensa del amor filial: muerte á quien la Iglesia honra con el nombre del martirio, atribuyendo á *Victor* toda la gloria. Este es el primer fruto de su proteccion. No tardará en resplandecer con nuevas maravillas.

Sobre su sepulcro se cumplió aquel oráculo del Señor, que nos anuncia por medio de sus profetas la destruccion de la idolatría.

Yo

(1) Santol. Vict. Hymn. (1)

Yo enviaré, dixo, á vuestros pueblos el cuchillo de mi venganza: *Inducam super vos gladium*. Destruiré vuestros templos y demoleré vuestros altares. *Demoliar aras vestras*. No quedarán de vuestros simulacros mas que unos espartosos despojos. *Confringentur simulacra vestra* (1).

¡O Iglesia santa! ¿Cómo te habias de prometer que el siglo de Diocleciano y de Maximiano habian de estar tan inmediatos al tiempo en que el Christianismo debia subir sobre el trono de los césares? ¿Ofrecia acaso la más espantosa tempestad una paz tan próxima? Si Dios es el que manda, y á medida de su ilimitado poder y voluntad se muda la faz del Universo. ¡Quántas revoluciones nos presentan aquí los fastos de la Iglesia! Inmediato al venerable lugar en que descansan las cenizas de *Victor* ataca Constantino á Maximiano. Se temia éste en aquel un vencedor, y advertía su derrota. Pereció, en fin; y Marsella que habia sido el teatro de sus crueldades lo debia ser de su desesperacion. Era preciso que este desgraciado príncipe pusiese el colmo á los crímenes de su vida con el de su misma muerte. Muerte que, como escribe Lactancio, era justo castigo de Maximiano por la que en el mismo Marsella habia hecho sufrir á nuestro Santo. *Apud Marsiliam pœnas luit*. En fin, debia permitir el cielo que volviese este monstruo contra su propia existencia unas manos que siempre habian estado armadas contra los

Tom. II.

T

chris-

(1) Ezech. 6. 4. 5. 6.

(1)

christianos. Ninguno tenia mejor merecido que se le quitase la vida, porque nadie habia sido mas infame. ¡O *Victor!* ¿Acaso no es tu sangre la que con su lastimera voz penetra hasta el cielo para excitar el furor de Maximiano contra sí mismo, y armar en favor de la Iglesia el zelo de Constantino?

Nuestro Santo habia trastornado en Marsella al ídolo y sus altares. La caída del que adoraba aquella ciudad, presagiaba la de los ídolos á quienes adoraba el Universo. ¿En dónde están al presente aquellos simulacros á quienes la supersticiosa Roma prestaba sus incienso y adoraciones? *Nunc ubi Júpiter* (1)? ¿Dónde están sus adoradores? *Supplex ubi turba*? ¿Dónde sus templos y sus altares? *Ubi ara*? Los altares, los adoradores y los dioses, no son ya otra cosa que un monton de polvo y basura. *Pulvis est:::* y el Dios de *Victor* es adorado por toda la tierra. Su culto ha llegado á ser el de todas las naciones. Su cruz colocada sobre el trono, no se ocultará tampoco entre las ruinas del Mundo.

¿Qué nos queda ya que decir acerca de aquel príncipe cruel que se declaró el perseguidor de nuestro Santo? Parece que la memoria de su nombre no se ha obscurecido entre el olvido de los tiempos, sino con el fin de que la sean inseparables á su reputacion las ideas mas feas y deshonorosas para la humanidad. Vencedor nuestro Héroe de su muerte, aun vive todavía entre la noche de su sepulcro. Sus

(1) Santol. Vict. Himn.

sagradas reliquias ordenan y mandan á la naturaleza. Mas ¿qué digo yo? mandan al infierno, á la tierra y al cielo. El infierno teme de ellas su poder; la tierra le experimenta, y el cielo le perpetúa. Espira nuestro Santo, y se disputan con empeño las naciones la ventaja de conseguir los despojos de su mortalidad.

Su nombre ya era ilustre en la capital de la Francia desde el principio de la monarquía. Con ella se extendió su culto. Desde esta capital, en donde la liberalidad de un pontífice (1) fixa la respetable cabeza de *Victor*, pasó la veneracion por su memoria á las provincias mas remotas. Baxo el imperio de Juan Comneno llegó hasta la famosa ciudad de Constantinopla, que es hoy el centro del Mahometismo, así como en otro tiempo, despues de Roma, fué la silla dominante de la Religion christiana.

Y tú Marsella, dichosa patria de nuestro Santo, ¿cómo es posible que llegue el dia de que te olvides y dexes de reconocer en su inanimado cuerpo la joya mas constante y preciosa de tu seguridad? *Ad sepulchrum Victoris mira virtus.* Sobre su sepulcro decia San Gregorio de Tours (2), atrahe á los demonios á quienes sujeta, á los tiranos á quienes castiga, á los fieles á quienes santifica, y á los novadores á quienes convierte.

Pero ¿qué he dicho yo? ¿los novadores? ¡Ah! ¿con qué sombras tan negras estuvo rodeado

(1) Pedro de Corbeylle, Arch. de Sens.

(2) Greg. Turon. de Gloria. Mart. e. 67.



algun tiempo el sepulcro de *Victor*? ¿Qué imprevista tempestad fué la que vino á turbar el reposo de sus cenizas? Entre sus zelosos defensores, se deslizó el veneno de un simulado pelagianismo. Al primer paso del error, parece que el apóstol de la verdad rompió sus fúnebres cadenas para reprehender con aquella fuerte y triunfante voz que aterró en otro tiempo á la idolatría: acudid, acudid, diria, al socorro de la fe que se halla amenazada y en gran peligro; animad á los Prósperos y á los Hilarios, y reprehended á los hombres, cuyo honor é interes estriba en la temeraria audacia de consentir y proferir sentimientos opuestos á los de San Agustin. En efecto se dexa percibir aquella dichosa voz, y casi en el mismo instante se vió arruinada la sutil heregia que, independientemente de la gracia, concede al hombre el deseo de la conversion, el principio de la penitencia y el de la fe, el acto de la oracion y la resistencia á la tentacion, pesando, por decirlo así, en una balanza igual el poder de Dios y el del hombre. Estas máximas funestas, y estas pasajeras sombras, se acercaron á nuestro Santo; pero bien pronto fueron disipadas. No vela ménos por la fé de Marsella que por su felicidad eterna. El mayor de sus milagros fué haber detenido el mas poderoso y temible rayo, qual es el de un cisma en la Iglesia. *Ad sepulchrum Victoris mira virtus.*

Solo este milagro obscurece todos los demas prodigios con que yo podria adornar su elogio. Prodigios recogidos por el zelo, des-

crip-

criptos por la eloqüencia y respetados por la crítica. En el sepulcro de nuestro Santo, dice tambien San Gregorio de Tours, se libran los endemoniados, se rompen las cadenas de los cautivos, y se reconcilian los enemigos. El temerario que á vista de él se rie del poder de *Victor*, es castigado con la falta de la vista. Allí recibe el blasfemo altivo el sentimiento de su audacia. Y allí, en fin, recobran los ciegos la vista, los sordos el oido, los paralíticos el movimiento y los muertos la vida. *Ad sepulchrum Victoris mira virtus.*

Yo no dudo de que los incrédulos oirán con menosprecio la relacion de tantas maravillas. Pero es preciso que, ó estos pretendidos espíritus fuertes desmientan la fé de todos los siglos, ó que convengan en que la Religion debe á *San Victor* los triunfos mas insignes. Si, aunque siempre subsistentes, los tienen por dudosos, que huyan léjos de este templo. *Impius quisquis::: procul hinc recedat* (1). Sí, templo augusto, á tí que es en donde se conservan las cenizas de *Victor*, á tí digo, es á quien tomo por testigo de su poder. Santos altares, paredes sagradas y antiguas bóvedas, hablad, hablad si podéis. Con vosotros atestiguo: y sobre todo con ese respetable pie. *Ille pes* (2). Con ese pie digo, que trastornó los vanos simulacros de la gentilidad. *Vana qui stravit simulachra Divorum*. Con ese pie, que el soberano pontifice Urbano V. se dignó con-

T 3

fiar

(1) Santol. Vict. Himn.

(2) Ibl.

fiar á las reales manos, y con el que un hijo de Francia, llamado Juan, Duque de Berri, se impuso la obligacion de enriquecer esta Basílica. *Ille pes nostris venerandus Aris.* Si, hermanos míos, con ese pie tan temible á la incredulidad como á la idolatría, es con el que yo atestiguo.

Rompa en este instante el insensible metal que le encierra, así como en otro tiempo lo hizo con el enmudecido ídolo á quien no quiso dar culto: que se presente en medio de nosotros, y confirme de este modo á los incrédulos, tanto la gloria de nuestro Santo como la de la Religion. Que justifique sus milagros y su culto; nuestra veneracion, y nuestros elogios. Si despues de mas de catorce siglos parece á los incrédulos ese precioso pie un monumento de la supersticion, ¡quánto nos podemos lisongear de ser supersticiosos, viendo que nos acompañan los soberanos pontífices, los reyes, los sabios, los santos y toda la Iglesia! ¡Ah! y con quanta razon nos felicitamos, á despecho de la incredulidad, en profesar una Religion, cuyos mártires llegan á ser los protectores de los reynos.

Pero si nos enseña nuestro Santo por medio de la voz de sus cenizas, que no hay mas que una Religion divina que pueda perpetuar tantos milagros en medio de infinitas revoluciones: tambien nos persuade la voz de sus discípulos, que solo hay una Religion divina que pueda conciliar tantas virtudes con tanta gloria. *Exivit vincens, ut vinceret.*

Alabando San Cipriano á un Santo mártir de.

decia, que no solo habia vencido él, sino que habia abierto á otros el camino de la victoria. *Vincit, vincendi cæteris viam fecit* (1). ¿A cuál de los mártires puede aplicarse mas legítimamente este elogio que á San Victor? A la verdad que él mas bien debe su gloria á sus discípulos que á sus panegiristas. Estos solo refieren sus combates. *Vincit.* Aquellos los renuevan por sí mismos. *Vincendi cæteris viam fecit.*

Desde luego me persuado, hermanos míos, que no ignorareis las sabias plumas, que, despues del siglo de Constantino han transferido la reputacion de nuestro Santo á todas las regiones en donde el zelo ha llevado la luz de la fé. En el V siglo podreis citar á un San Gerónimo, que con el nombre de *San Victor* honró á una obra digna de ser respetada en todos tiempos. En el VI podreis dar á conocer un Fortunato de Poitiers y un Gregorio de Tours, que felicitan tanto á la Francia por haber producido á nuestro Santo, como á la Inglaterra por haber dado á San Albano. En el VII indicareis un San Gregorio el Grande, que sella, digámoslo así, con su aprobacion las pomposas expresiones con que anuncian los fastos de la Iglesia el martirio de nuestro Héroe y su celebridad. En el VIII siglo nombrareis un venerable Beda, cuya doctrina y piedad parece se formaron, durante su vida, sobre las virtudes de *San Victor*, y despues de su muerte sobre su gloria. En el IX y X juntareis un Usuardo, un Rabano y un S. Adon,

T 4

quie-

(1) Cyprian. Epist. 34.

quienes por diferentes climas y parages , mostraron por nuestro mártir el mismo zelo y respeto. En el XI hareis hablar á Hernando Contracto , á Mariano Scoto y á Florencio de Worcestre ; á los Adams y Godofredos en el XII. En el XIII á un Vicente de Beauvais y á un Absalon , quienes colocan el nombre de nuestro Santo entre los que consagran con sus obras como ilustres á la inmortalidad. En el XIV produciríais á los Guillemos de Slos y á los Mauricios : con un Pedro Noels en el XV. En el XVI á un Gregorio XIII , á Baronio , á Lipomano , á Belino de Padua y á Juan de Plasencia : y á los Ferares , á los del Sausay , á los Tillemontes , á los Bosquetes y á los Ruinardos en el último siglo , y casi en nuestros dias. En una palabra, yo estoy cierto, que hasta en el seno de esas pretendidas Iglesias reformadas podeis buscar panegiristas á *San Victor* , seguros de que los hallaréis entre esos infelices hombres que ni reconocen á los Santos ni á su culto.

Por lo que á mí toca, hermanos míos, desde luego no me detendré en el discurso de tantos siglos, tanto sobre los hombres célebres que han consagrado sus talentos en gloria y honor de nuestro Santo , como sobre los hombres religiosos á quienes ha servido de modelo. Casiano no me parece tan grande quando erige dos templos en honor de *San Victor* , como quando del uno y otro sexò formó imitadores suyos. ¡O Iglesia de mi Dios! ¡qué dias tan preciosos te han acarreado los nombres reunidos de *Victor* y de *Casiano*! Instruido éste

en

en la escuela de San Juan Chrisóstomo, baxo la autoridad de los soberanos pontífices , se dexó ver despues en Marsella. En esta ciudad , pues , estableció con el nombre de nuestro Santo un famoso Monasterio , cuya reputacion no se acabará sino con los siglos. ¡Ah! ¿cómo no te haces sensible , Santo mio , á los inmensos bienes que procuran á la Iglesia los discípulos de Casiano , que puedes llamar como tuyos , si los Santos coronados en el cielo se interesan en que progrese la virtud sobre la tierra? Miétras que á aquellos discípulos les sirve de refugio tu sepulcro , sirvenles tus exemplos de regla. En estos felices dias no envidia ya la Francia los Antonios y los Hilarios del Egypto. ¡Qué espectáculo tan edificativo para ella el de contar en lugar de un solo mártir cinco mil solitarios que le hacen revivir con sus virtudes! La escuela de nuestro Santo ha llegado á ser la de los obispos. Dos soberanos pontífices de ella recibieron la tiara ; y aquellos señores de la Roma christiana, vengan con brillantez la sangre de *Victor* derramada por los dueños de la Roma idólatra.

Mas en la misma capital de este imperio es preciso seguir á nuestro Héroe como que ha venido á ser el protector de un pueblo Santo. De entre sus cenizas salió una centella de su espíritu , que , volando hasta la escuela de Anselmo y de Raouldo , animó el zelo de un filósofo , y le detuvo á los pies de un altar, que baxo la invocacion de *Victor* existía ya en el centro de esta ciudad , y hasta el dia de hoy

hoy conserva su nombre. El piadoso y sabio Guillermo de Champeaux no tiene necesidad de nuestros elogios. Su obra, como que subsiste aun, le asegura el reconocimiento de todos los siglos. ¡Qué establecimiento se puede comparar con el de *San Victor*, como exclama el cardenal de Vitry! El voto del público se divide hablando de esto entre el maestro y los discípulos. Aquel enseña la Religion y la práctica. Estos llegan por sí mismos á ser maestros; y la Francia á quien su erudicion instruye se santifica con sus exemplos.

Muerto Champeaux, dexó á los hombres á quienes juntó su zelo sus escritos por lecciones, este templo por asilo y el espíritu de nuestro Santo por herencia. Este toma una nueva fuerza entre los discípulos de San Agustin. En este antiguo y venerable asilo, componen baxo el nombre de *Victor* y consagrados al Señor, un cuerpo canónico y regular, que siempre carece de reforma, porque nunca tiene necesidad de ella. De este abundante manantial en filósofos sutiles, teólogos profundos, oradores eloqüentes y literatos ingeniosos, salen pontífices, cardenales, doctores y santos, siendo siempre el espíritu de este ilustre Santo el que los anima.

Este espíritu, pues, es el que arregló la conducta de Gilduino, que fué el primer gefe y cabeza de esta real casa, y uno de los primeros miembros de la universidad de París. El espíritu de nuestro Santo mártir fué tambien el que conduxo la pluma y purificó los sentimientos de Hugues, que fué el Agustino

de

de su siglo, y cuya erudicion y santidad han hecho pasar su reputacion á todas las partes en donde tiene la Religion discípulos. Su espíritu fué el que alimentó la piedad y santificó los talentos de Richardo, que fué el ribal de Hugues, y el amigo de San Bernardo, y así como él el rayo de la heregía, la luz de la verdad y el Chrisóstomo de la Francia. El espíritu de *Victor* es el que sostuvo é inflamó el corazon de Thomas, quien siempre fiel á su pontífice, combatió y espiró á su propia vista, viniendo á ser mártir de la Iglesia en medio de la paz que gozaba. Su espíritu fué el que inspiró al ingenio de Santeuil, cuyos monumentos públicos conservan las inscripciones mundanas, y de quien canta la Iglesia sagrados himnos: ingenio que justifica y hace ver á todas las naciones la arrogante y atrevida comparacion entre el siglo de Augusto y el de Luis el Grande. Y espíritu, en fin, que guía y perfecciona la humildad y la penitencia de Gourdano, que es el Santo de nuestro tiempo y el Angel de esta casa, cuyas obras causan igualmente el consuelo que la edificacion de la Iglesia.

No estaba, pues, precisamente reservado al siglo de *Victor* que venciese á los enemigos de la Religion. A todos los tiempos les ha hecho participar de sus victorias. Aun en este dia hace triunfar á la Religion de la incredulidad, así como en otro tiempo logró que saliese victoriosa contra la idolatría. *Exiit vincens, ut vinceret.* En efecto, señores, la incredulidad favorece á las pasiones, y los disci-

pu-

pulos de *Victor* las combaten y destruyen. La incredulidad predica la independenciam, y los discípulos de nuestro Santo practican la sumision. En una palabra, la incredulidad se hace entender con sus vanos clamores contra las órdenes religiosas; y los discípulos de nuestro Santo prueban quàn útiles son al mundo para edificarle, á la Iglesia para defenderla y aun á los mismos incrédulos para no confundir la presuncion con la sabiduria, el orgullo con la humildad, la razon con la fé, el escándalo con el buen exemplo.

¿Qué me resta ya que deciros, hermanos míos, concluía San Cipriano en una solemnidad semejante á la que aqui nos junta al presente? ¿Si me habré cansado en valde en haberos descrito los combates y los triunfos del Santo mártir á quien reverenciáis? ¡Ah! solo quiero que en pago de mi zelo camineis por las sendas del héroe christiano que habeis escogido por protector, no pudiendo exhortaros de mejor modo para copiar fidelísimamente sus virtudes, que animándoos á que honreis religiosamente sus cenizas. *Beatissimum martyrem, ut sectemini opto pariter, et exhortor* (1). No es el apologista ni el conquistador del Evangelio el que propongo á vuestra imitacion, sino el Santo. Pero un Santo cuyos exemplos, sangre, cenizas y discípulos os manifiestan lo que debeis ser durante esta vida, si quereis reynar con él en la otra.

PA-

(1) *Cypriani. Epist. 8.*

## PANEGÍRICO

## DE SAN NORBERTO,

Fundador del Orden Premonstratense y  
Arzobispo de Magdeburgo:

## PREDICADO

*En la Iglesia de los Premonstratenses de la calle de la Oja-alta, y en la de los de la Cruz Roxa.*

*Misit Deus misericordiam suam, et veritatem suam.* Dios embió su misericordia, y su verdad. *Ps. 56. v. 4.*

Quando propicio el cielo hace nacer en la Iglesia hombres fieles y zelosos, que disipan las tormentas de que está amenazada, y la indemnizan con brillantez de sus pérdidas, ¿qué nombre daremos á estos edificativos ministros é intrépidos defensores de su gloria? Ellos son á un mismo tiempo para el Mundo y para la Iglesia, y tanto una sensible imá-

gen